

ron las declaraciones respecto al carácter moral del candidato del Rey, ninguno de los comisarios se atrevió á declarar que tal hombre pudiera decorosamente ser puesto á la cabeza de un gran colegio. Obadiah Walker y los otros católicos oxonienses que habían ido á defender la causa de su prosélito quedaron confundidos. La Comisión declaró nula la elección de Hough y suspendió a Fairfax de su empleo; pero ya no se mencionó á Farner para nada, y en el mes de agosto se recibió una carta Real recomendando á Parker, Obispo de Oxford, á los electores.

Parker no era papista declarado, pero le faltaba una condición que, aun cuando la presidencia se hallara vacante, hubiera sido decisiva para excluirle: no había pertenecido nunca ni á Magdalene College ni á New-College. Pero la presidencia no estaba vacante: Hough fuera elegido con toda legalidad, y todos los miembros del Colegio estaban obligados por juramento á mantenerle en su puesto. Así pues, haciendo mil protestas de lealtad y sentimiento, se excusaron de cumplir el regio mandato.

XII.

EL HOSPITAL DE CHARTERHOUSE.

Mientras así Oxford oponía inquebrantable resistencia á la tiranía, igual resolución y firmeza encontraba el Rey en otra parte. Poco antes había ordenado Jacobo á los administradores de Charterhouse, personas del más alto rango y consideración en el reino, la orden de admitir á un católico llamado Popham en el hospital colocado bajo su custodia. El director, llama-

do Tomás Burnet, clérigo distinguido por su genio, saber y virtudes, tuvo el valor de replicar, aun cuando el feroz Jeffreys estaba en el tribunal, que lo que se exigía de ellos era contrario á la voluntad del fundador y á una ley del Parlamento. «*¿Y eso qué importa?*» dijo un cortesano que figuraba entre los administradores.—*Importa mucho, en mi opinión*, respondió una voz debilitada por la edad y los pesares, lo cual no impedía que se oyese con respeto en todas partes: la voz del venerable Ormond. *Una ley del Parlamento, continuó el patriarca de los Caballeros, no es, en mi opinión cosa de poca importancia.*» Discutióse entonces si Popham debía ser admitido, y se resolvió rechazarlo. El Canciller, que no podía dar suelta á sus maldiciones y juramentos á presencia de Ormond, salió en un arrebatado de furor, y fué seguido por algunos de la minoría. Consecuencia de esta salida fué que no quedara número suficiente para dar validez á la votación, no pudiendo, por tanto, responder definitivamente á la orden del Rey.

La reunión inmediata se efectuó sólo dos días después que la Comisión eclesiástica había pronunciado sentencia de destitución contra Hough y de suspensión contra Fairfax. Presentóse á los administradores una Real orden autorizada con el Gran Sello; pero el tiránico proceder seguido con Magdalene College había levantado el espíritu de la Comisión en vez de subyugarlo. Dirigieron una carta á Sunderland suplicándole informase al Rey de que no podían, en este punto, obedecer á S. M. sin faltar á la ley y abusar de la confianza depositada en ellos.

No puede dudarse que si tal documento hubiera sido firmado por personas de poca importancia, el Rey habría acudido á medidas violentas, pero aun le imponían respeto los grandes nombres de Ormond,

Halifax, Danby y Nottingham, los jefes de todas las fracciones del gran partido á que debía la corona. Contentóse, pues, con ordenar á Jeffreys el examen del asunto, á fin de ver lo que se había de hacer. Hablóse primero de un proceso en el que fallaría el Tribunal del Banco del Rey. Anuncióse después que la Comisión eclesiástica tomaría á su cargo resolver la cuestión; pero estas amenazas no llegaron nunca á cumplirse, y gradualmente se desvanecieron (1).

XIII.

VIAJE DEL REY.

Estaba ya muy avanzado el verano, y el Rey decidió hacer un viaje, el más largo y espléndido que se hubiera visto desde hacía muchos años. El 16 de agosto salió de Windsor, dirigiéndose á Portsmouth. Visitó las fortificaciones, hizo la imposición de manos á algunos escrofulosos, y embarcándose en uno de sus yachts, continuó á Southampton. De aquí se encaminó á Bath, donde permaneció algunos días, dejando allí á la Reina. Al partir acompañábanle el gran Sheriff del condado de Somerset, y numeroso séquito de caballeros que le escoltaron hasta la frontera del condado, donde le esperaba el gran Sheriff de Gloucester con séquito no menos numeroso y lucido. Pronto el Duque de Beaufort se incorporó á los coches reales, conduciendo á la comitiva á Badminton, donde se había preparado un banquete digno de la fama que le había granjeado su esplendidez. Por la tarde, la

(1) *A Relation of the Proceedings at the Charterhouse*, 1689.

cabalgata se puso en marcha para Gloucester, saliendo á su encuentro, dos millas antes de llegar á la ciudad, el Obispo y el clero. En la puerta del Mediodía esperaba el Mayor con las llaves de la ciudad. Tocaban alegremente las campanas y corrían fuentes de vino cuando el Rey, atravesando las calles, se dirigía á la cerca que rodea la venerable catedral. Alojó aquella noche en las habitaciones del Deán, y á la mañana siguiente se puso en marcha para Worcester. De aquí se encaminó á Ludlow, á Shrewsbury y á Chester; en todas partes era recibido con muestras de alegría y respeto que su débil entendimiento miraba como pruebas de que el descontento excitado por su política había ya desaparecido, y que una fácil victoria coronaría sus esfuerzos. Barillon, más sagaz, anunció á Luis XIV que el Rey de Inglaterra era víctima de una ilusión; que el viaje no había producido ninguna ventaja real, y que los mismos caballeros del Worcestershire y del Shropshire, que se habían creído en el deber de recibir á su soberano y huésped con todo honor y respeto, se mostrarían tan firmes como antes cuando se tratase de revocar la ley del *Test* (1).

Uniéronse en el camino á la regia comitiva dos cortesanos que en carácter y opiniones diferían radicalmente. Penn estaba en Chester, adonde había ido siguiendo su visita pastoral. Su popularidad y la autoridad que tenía entre sus hermanos habían decaído grandemente desde que se hiciera instrumento del Rey y de los jesuitas (2). Fué, no obstante, muy

(1) Véase la *Gaceta de Londres* desde 18 de agosto hasta 1.º de setiembre de 1687; Barillon, setiembre 19 (29).

(2) «Penn, chef des Quakers, qu'on sait être dans les interets du Roi d'Angleterre, est si fort décrié parmi ceux de son parti qu'ils n'ont plus aucune confiance en lui.» —Bonrepaux á Seignelay, setiembre 12 (22), 1687. Sirve de confirmación á esto mismo el

bien recibido por Jacobo, y llegado el domingo, se le permitió predicar en el local del juego de pelota, mientras Cartwright hacía lo propio en la catedral, y el Rey oía misa en un altar que se había erigido en la sala del condado. Y aun se añade que S. M. se dignó prestar atención á lo que pasaba en el juego de pelota, escuchando con grave compostura la melodiosa elocuencia de su amigo (1).

El iracundo Tyrconnel había cruzado el mar desde Dublín para dar cuenta de su administración. Todos los católicos de más importancia le recibieron con gran frialdad, considerándole como enemigo de su raza y escándalo de su religión. Pero en cambio fué muy bien recibido por su amo, el cual le despidió asegurándole no haber perdido un ápice de su confianza y poder contar siempre con su firme apoyo. Jacobo manifestó su contento al saber que antes de mucho toda la máquina del Gobierno de Irlanda estaría en manos de católicos. Los colonos ingleses habían sido despojados del poder político. Sólo faltaba privarles de la hacienda, y este último ultraje se aplazó tan sólo hasta contar seguramente con la ayuda de un Parlamento irlandés (2).

testimonio de Gerardo Croese. «Etiam Quakeri Pennum non amplius, ut ante, ita amabant ac magnificiebant, quidam aversabantur ac fugiebant.»—*Historia quakeriana*, lib. II, 1695.

(1) Cartwright, *Diario*, agosto 30, 1687; Clarkson, *Vida de Guillermo Penn*.

(2) *Gaceta de Londres* de 5 de setiembre; *MS. de Sheridan*; Barillon, setiembre 6 (16, 1687). «Le Roi son maitre», dice Barillon, «a temoigné une grande satisfaction des mesures qu'il a prises, et a autorisé ce qu'il a fait en faveur des Catholiques. Il les établit dans les emplois et les charges, en sorte que l'autorité se trouvera bientôt entre leurs mains. Il reste encore beaucoup de choses à faire en ce pays-là pour retirer les biens injustement otés aux Catholiques. Mais cela ne peut s'exécuter qu'avec le temps, et dans l'assemblée d'un parlement en Irlande.»

Del Cheshire siguió el Rey al Mediodía, y no dando que los profesores de Magdalene College, por grande que fuese su atrevimiento, obedecerían una orden que oyesen de sus labios, tomó la vuelta de Oxford. Durante el trayecto hizo algunas pequeñas excursiones á aquellos sitios que tenían para él interés especial como rey, como hermano y como hijo. Visitó el hospitalario techo de Boscobel y los restos de aquella encina tan famosa en la historia de su casa. Recorrió á caballo el campo de Edgehill, donde los caballeros cruzaron por primera vez sus espadas con los soldados del Parlamento. El 3 de setiembre hubo gran banquete oficial en el palacio de Woodstock, antigua y renombrada mansión de la que no existe ni una piedra, pero cuyo recinto señalan aún en el césped de Blenheim-Park dos sicomoros que se elevan cerca del soberbio puente.

XIV.

EL REY EN OXFORD.

Por la tarde llegó á Oxford, donde fué recibido con los honores de costumbre. Los estudiantes, vistiendo el traje académico, cubrían la carrera desde la entrada de la ciudad hasta la gran puerta de Christ Church. Se alojó en la casa del Deán, donde entre otras cosas encontró una capilla dispuesta para la celebración de la misa (1). Al otro día, los miembros de Magdalene College recibieron orden de acudir á su presencia. Cuando comparecieron ante él, los trató con una

(1) *Gaceta de Londres* de 5 y 8 setiembre 1687.

insolencia que nunca habían mostrado los visitadores puritanos. «*Os habéis portado conmigo de una manera indigna de caballeros*, exclamó. *No sólo me habéis faltado al respeto, sino también al cumplimiento de vuestro deber.*»

Los profesores se arrodillaron y le presentaron una petición, que él ni aun quiso mirar, añadiendo: «*¿Es ésta la decantada fidelidad de la Iglesia anglicana? Nunca hubiera creído que en un asunto como éste pudieran intervenir tantos eclesiásticos de la Iglesia de Inglaterra. Idos á vuestras casas. Retiraos. Yo soy el Rey, y seré obedecido. Reuníos inmediatamente en vuestra capilla y elegid al Obispo de Oxford, y el que no quiera, que mire bien lo que hace. Sentirá todo el peso de mi poder. Sabrá lo que es incurrir en el desagrado de su Rey.*» Los electores volvieron á arrodillarse, y de nuevo le presentaron su petición. El Soberano, lleno de ira, la cogió y la arrojó al suelo. «*¡Salid, os digo, no quiero recibir nada de vosotros hasta que hayáis nombrado al Obispo!*»

Entonces se retiraron, reuniéndose inmediatamente en su capilla. Tratóse de decidir si debían cumplir el mandato de S. M. Smith estaba ausente; sólo Charnock opinó por la afirmativa; los demás declararon estar dispuestos á obedecer al Rey siempre que sus órdenes fuesen legales, pero que no violarían los estatutos, faltando además á sus juramentos.

El Rey, muy irritado y lleno de mortificación por su derrota, abandonó á Oxford y fué á reunirse con la Reina en Bath. Su obstinación y la violencia de su carácter le habían colocado en una situación difícil. Había puesto excesiva confianza en el efecto de su enojo y sus reconvenciones, aventurando torpemente con el éxito de la contienda no sólo el crédito de su administración, sino su dignidad personal. ¿Podría ceder ante súbditos á quienes había amenazado con voz irritada y además furioso? Y por otra parte, ¿se

atrevería á arrojar de sus casas, en el mismo día, tantos respetables eclesiásticos, sólo por haber cumplido lo que á los ojos de toda la nación era un deber sagrado? Tal vez habría medio de evitar tan terrible dilema, tal vez el Colegio podría aún rendirse al terror, á los halagos ó al soborno.

XV.

PENN, MEDIADOR ENTRE EL REY Y MAGDALENE COLLEGE.

Acudióse para esto á la intervención de Penn. Era éste de muy buenos sentimientos, para aprobar el injusto y violento proceder del Gobierno, y aun se atrevió á indicar algo de lo que pensaba. Pero Jacobo, como de ordinario, se mostraba obstinado en el error, de modo que el cortesano cuáquero hubo de emplear su industria en apartar al Colegio de la senda de la justicia. Valióse primero del temor. Según él, estaba amenazado el Colegio de completa ruina. El Rey estaba muy irritado. La cosa podía ser grave, y así opinaban muchas personas. Hasta los niños sabían que á S. M. le gustaba hacer las cosas á su modo y no podía llevar en paciencia que se le contradijese. Penn por tanto, exhortaba á los profesores no á confiar en la justicia de su causa, sino á someterse ó al menos á contemporizar. Tal consejo era en verdad extraño en boca de quien fuera expulsado de la Universidad por promover un tumulto á causa de las sobrepellices, de quien había estado á punto de ser desheredado por no quererse descubrir ante los Príncipes de la sangre, y de quien más de una vez fuera enviado á prisión por predicar en las congregaciones. No consiguió asustar

á los miembros de Magdalene College. Dióse por respuesta á sus amenazadoras advertencias que en la generación anterior treinta y cuatro profesores, de los cuarenta que formaban el claustro, habían abandonado sin pesar sus amados claustros y jardines, su gran sala y su capilla, y se habían encontrado en la calle, sin saber dónde podrían comer ó dormir, antes que violar su juramento de obediencia al Soberano. El Rey pretendía ahora hacerles violar otro juramento, y pronto vería que aun alentaba en ellos el antiguo espíritu del Colegio.

Entonces Penn empleó lenguaje más suave. Tuvo una entrevista con Hough y con algunos profesores, y tras muchas protestas de simpatía y amistad, hizo algunas indicaciones para que admitieran una transacción. El Rey no podía tolerar la desobediencia. El Colegio debía ceder, y Parker habría de ser admitido. Por lo demás, se hallaba muy mal de salud, y antes de mucho dejaría vacante todos sus empleos. «*El doctor Hough*, decía Penn, *podrá ser entonces Obispo de Oxford. ¿No os parece, señores?*» Penn se había pasado la vida declamando contra el culto pagado. Sostenía que estaba obligado á negarse al pago de los diezmos, aun en el caso de haber comprado fincas sujetas á tales cargas y de haberse tenido en cuenta el valor de los diezmos al comprarlas. Según sus principios, cometería un gran pecado interviniendo para alcanzar un beneficio eclesiástico, aun en los términos más honrosos y tratándose del más piadoso de los clérigos. Pero las malas compañías, de tal modo habían corrompido sus costumbres, y hasta tal punto había oscurecido su inteligencia el celo desordenado por un solo objeto, que sin el menor escrúpulo trató de inducir á otros á incurrir en la simonía más deshonrosa, sirviéndose de la dignidad episcopal como

de un cebo para hacer caer á un eclesiástico en el perjurio. Hough contestó con cortés desprecio que sólo pedía á la Corona justicia como otro cualquiera. «*Nosotros*, dijo, *tenemos que cumplir nuestros estatutos y juramentos; pero aun prescindiendo de eso, tenemos también que defender nuestra religión. Los católicos nos han robado ya University College; nos han robado también Christ Church, y ahora tratan de arrebatar nos Magdalene College. Pronto tendrán todo lo demás.*»

Penn tuvo la candidez de responder que creía sinceramente que los católicos se contentarían con esto. «*University*, dijo, *es un colegio muy agradable. Christ Church es un lugar soberbio. Magdalene es un hermoso edificio, muy bien situado y con deliciosos paseos á orillas del río. Si los católicos son razonables deben estar satisfechos.*» Tan absurda declaración sirvió sólo á hacer imposible que Hough y sus colegas cediesen. Rompióse la negociación, y el Rey se apresuró á anunciar á los desobedientes, como ya les había amenazado, que ahora verían lo que era incurrir en su desagrado.

XVI.

ENVIASE Á OXFORD UNA COMISIÓN ECLESIASTICA ESPECIAL.

Nombróse una comisión eclesiástica especial, compuesta de Cartwright, obispo de Chester, Wright, Chief Justice del Banco del Rey, y sir Tomás Jenner, barón del Tesoro, con encargo de hacer una visita judicial al Colegio. El 20 de octubre llegaron á Oxford, escoltados por tres escuadrones de caballería, con las espadas desnudas. A la mañana siguiente los

comisarios se constituyeron en tribunal en el salón de Magdalene College. Cartwright pronunció un discurso lleno de protestas de lealtad, que algunos años antes hubiera sido calurosamente aplaudido por el público oxoniense, pero que ahora fué oído con la más profunda indignación. Siguióse á esto una violenta disputa. El Presidente defendía sus derechos, mostrándose hábil, sereno y resuelto. Protestó de su gran respeto á la autoridad real, pero sostenía con firmeza que, según las leyes de Inglaterra, la casa y rentas inherentes á la Presidencia le pertenecían como cualquier otra propiedad privada. De aquella hacienda no podía ser destituido por un mandato arbitrario del Soberano. «¿Queréis someteros, dijo el Obispo, á nuestra autoridad?—Me someteré, dijo Hough con gran habilidad, en cuanto sea compatible con las leyes, y nada más.—¿Queréis entregar la llave de vuestro domicilio?» dijo Cartwright. Hough guardó silencio, y como se repitiese la pregunta, contestó con una negativa cortés, pero resuelta. Los comisarios le declararon intruso, encargando á los profesores no reconocer por más tiempo su autoridad, y asistir á la admisión del Obispo de Oxford. Charnock prometió con gran entusiasmo obedecer. Smith dió una respuesta evasiva; pero la gran mayoría de los catedráticos del Colegio declararon reconocer á Hough como su jefe legítimo.

XVII.

PROTESTA DE HOUGH.—NOMBRAMIENTO DE PARKER.

Entonces Hough pidió permiso para dirigir algunas palabras á los comisarios, los cuales consintieron con gran urbanidad, esperando tal vez de la su actitud

tranquila y conciliadora que hiciese alguna concepción. «Milores, dijo: me habéis despojado en este día de mi hacienda, y yo protesto aquí contra vuestro proceder, como ilegal, injusto y nulo, y apelo ante nuestro soberano señor el Rey, en sus tribunales de justicia.» Oyóse un gran murmullo de aprobación entre todos los estudiantes que llenaban la sala. Los comisarios montaron en cólera. Se ordenó detener á los autores del desacato, pero no parecía ninguno, y entonces la ira de todo el tribunal descargó sobre Hough. «No esperéis asustarnos con eso, señor Hough, exclamaba Jenner, jugando con el equívoco nombre del Rector (1). Yo sostendré la autoridad de S. M. mientras me quede un resto de vida. Este escándalo ha sido producido por vuestra populachera protesta. Habéis alterado el orden y de todo esto daréis cuenta ante el Tribunal del Banco del Rey. Yo os emplazo, bajo la multa de mil libras esterlinas, á que os presentéis allí en la primera sesión. Veremos si el poder civil es bastante á dominaros; y si aun eso no fuera suficiente, también se empleará el poder militar.» Lo cierto es que Oxford se hallaba en un estado que llenaba de inquietud á los comisarios. Mandóse á los soldados tener cargadas sus carabinas. Decíase que se había enviado un correo á Londres para apresurar la llegada de nuevas tropas. El orden, sin embargo, no llegó á alterarse. El Obispo de Oxford fué tranquilamente instalado por poderes, pero á la ceremonia sólo asistieron dos profesores de Magdalene College. Pudo verse por muchas señales que el espíritu de resistencia había cundido entre el pueblo llano. El portero del Colegio arrojó al suelo las llaves. El mayordomo se negó á borrar el nombre de Hough del libro de gastos, y fué inmediatamente despedido. No se en-

(1) Hough suena lo mismo que Huff, bravear.—(N. del T.)

contró en toda la ciudad herrero que quisiera forzar la cerradura del domicilio del Rector. Los comisarios se vieron en la precisión de valerse de sus criados, los cuales para abrir la puerta hubieron de emplear barras de hierro. Los sermones que el domingo inmediato se predicaron en la iglesia de la Universidad abundaban en reflexiones que hirieron á Cartwright en lo más vivo, sin que pudiera darse por aludido.

Y así hubieran quedado las cosas á no hallarse Jacobo infatuado hasta la locura. Los profesores en general no parecían dispuestos á llevar más adelante la resistencia, opinando que, al negarse á asistir á la admisión del intruso, habían probado suficientemente respetar sus estatutos y juramentos, y que puesto que actualmente se le había dado posesión del rectorado, podrían muy bien reconocerlo como jefe, hasta que por sentencia del tribunal competente fuere separado de aquel puesto. Sólo uno de los profesores, el doctor Fairfax, se negó á admitir semejante arreglo. De muy buena gana hubieran accedido los comisarios á dejar la cuestión en tales términos, y por espacio de algunas horas hubo una tregua, que en opinión de muchos iba á terminar en arreglo amistoso; mas pronto renació de nuevo la confusión. Los profesores se vieron acusados por la voz popular de falta de valor. Corría ya en la ciudad como frase irónica *la conciencia de los catedráticos de Magdalene College* y se decía que el animoso Hough y el honrado Fairfax, fueran engañados y abandonados por sus compañeros. Más injuriosas eran aún las burlas de Obadiah Walker y de sus colegas los otros renegados. A esto habían venido á parar, decían aquellos apóstatas, las altaneras frases con que el claustro había declarado estar resuelto á defender el Presidente legal y la fe protestante. En tanto que los electores, grandemente

irritados por la censura pública, se arrepentían ya de la transacción que habían hecho, llegaba á su noticia que tal transacción en modo alguno satisfacía al Monarca. No bastaba, decía él, que prometiesen obediencia al Obispo de Oxford como rector de hecho. Era preciso que reconociesen la autoridad de la Comisión, y acatasen como legales cuantas medidas había tomado. Debían reconocer que habían obrado mal; debían declararse culpables; debían prometer mejor comportamiento para lo futuro, implorar el perdón de S. M. y arrojarse á sus plantas. Dos profesores de quienes el Rey no tenía la menor queja, Charnock y Smith, fueron dispensados de hacer tan degradantes excusas. Hasta aquí no había cometido Jacobo error tan grande. Los electores, irritados ya consigo mismos por haber concedido tanto, y pesarosos de la pública censura, aprovecharon con avidez la ocasión que ahora se les ofrecía de recobrar la estimación pública. Declararon á una voz que nunca pedirían perdón por defender su derecho, ni reconocerían como legal la visita ejercida en su Colegio y el despojo de que fuera víctima su Presidente.

XVIII.

EXPULSIÓN DE LOS PROFESORES DE MAGDALENE COLLEGE.

El Rey entonces puso por obra sus amenazas y descargó sobre los profesores todo el peso de su cólera. Por virtud de un solo edicto fueron expulsados todos de sus cátedras, y aun pareció poco tal castigo. Sabíase que muchos nobles y caballeros que disponían

de beneficios eclesiásticos tratarían de remediar la suerte de los que tanto habían sufrido por las leyes de Inglaterra y por la religión protestante. La Comisión eclesiástica, para evitar esto, declaró que los profesores expulsados no podrían ser admitidos en beneficio alguno, y aquellos que aun no habían recibido las sagradas órdenes fueron también declarados incapaces de ingresar en el sacerdocio. Jacobo pudo, pues, regocijarse con la idea de haber reducido á muchos, de una situación en que se veían rodeados de comodidades y tenían ante sí el más halagüeño porvenir, á la indigencia y á la miseria.

Pero todas estas severidades produjeron efecto diametralmente opuesto al que se pretendía conseguir. El espíritu del pueblo inglés, aquel espíritu obstinado y resistente que la experiencia no hizo nunca conocer á ningún rey de la casa de Estuardo, se levantó altanero y fuerte contra la injusticia. Oxford, la tranquila sede del saber y la lealtad, se hallaba en un estado muy semejante al de la City de Londres en la mañana siguiente á la tentativa de Carlos I para apoderarse de los cinco diputados. El Vicecanciller había sido invitado á comer con los comisarios el mismo día de la expulsión. Se negó á aceptar el convite. «*Mis aficiones, dijo, difieren de las del coronel Kirke. Yo no puedo comer con apetito bajo una horca.*» Los estudiantes se negaron á saludar á los nuevos profesores de Magdalene College. Smith era designado con el sobrenombre de Doctor Bribón (*Roquery*) y fué insultado públicamente en un café. Cuando Charnock invitó á los *Demies* á que hicieran sus ejercicios académicos ante él, recibió por respuesta que se les había privado de sus jefes legítimos y no estaban dispuestos á someterse á una autoridad usurpada. Reuniéronse aparte, así para el estudio como para el servicio religioso.

Tratóse de corromperles con la oferta de cátedras lucrativas que recientemente quedaran vacantes. Pero uno tras otro respondieron con viril entereza que su conciencia no les permitía sacar partido de la injusticia. Un mancebo que consintiera en aceptar una cátedra fué expulsado de la sala por los demás. Invitóse á algunos de otros colegios, pero tampoco se consiguió mejor resultado. El más rico establecimiento del reino parecía haber perdido todos sus atractivos para los estudiantes menesterosos. Al mismo tiempo en Londres y en todo el país se reunía dinero para socorrer á los expulsados catedráticos. La Princesa de Orange, con gran alegría de todos los protestantes, se suscribió con doscientas libras esterlinas. Y sin embargo, el Rey no desistía de su empeño. A la expulsión de los electores siguió inmediatamente la de una multitud de *Demies*. En tanto el nuevo Rector descendía con gran rapidez á la tumba, abrumado bajo el peso de sufrimientos físicos y morales. Había hecho un último y débil esfuerzo para servir al Gobierno, publicando, precisamente en la época en que el Colegio estaba en abierta rebelión contra su autoridad, una defensa de la *Declaración de Indulgencia* ó más bien de la doctrina de la transustanciación. Este trabajo motivó gran número de respuestas, y en especial una de Burnet, escrita con extraordinario vigor y dureza. Algunas semanas después de la expulsión de los *Demies* murió Parker en la casa cuya posesión debía á un acto de violencia. Dijose que el remordimiento y la vergüenza habían destrozado su corazón. Yace sepultado en la antecapilla del Colegio, pero su tumba no se distingue por ningún monumento.

XIX.

MAGDALENE COLLEGE CONVERTIDO EN SEMINARIO CATÓLICO.—RESENTIMIENTO DEL CLERO ANGLICANO.

Entonces el Rey pudo terminar y dar cima á su proyecto. El Colegio fué convertido en Seminario católico, designándose para presidente á Buenaventura Giffard, obispo católico de Madura. Celebrábanse las ceremonias del culto católico en la capilla, y en un solo día doce católicos fueron nombrados profesores. Algunos protestantes serviles solicitaron también ser admitidos, y se les contestó negativamente. Smith, entusiasta en su lealtad al Monarca, pero con todo, miembro sincero de la Iglesia anglicana, no pudo tolerar el nuevo aspecto del Colegio. Se ausentó, y como se le ordenase volver, se negó á hacerlo, siendo expulsado y completándose así la obra de despojo (1).

Es tal la naturaleza del sistema académico de Inglaterra, que todo acontecimiento que afecte seriamente á los intereses y honor de cualquiera de las dos Universidades produce inevitablemente gran excitación en todo el país. Y así, cada golpe sucesivo que caía sobre Magdalene College encontraba resonancia hasta

(1) Proceso de Magdalene College, Oxford, por no haber elegido á Antonio Farmer presidente del citado Colegio, en la *Colección de causas de Estado*, edición de Howel; Luttrell, *Diario*, junio 15 y 17, octubre 24, diciembre 10, 1687; *Relación de Smith*; *Carta del doctor Ricardo Rawlinson*, fechada á 31 de octubre 1687; *Memoorias de Reresby*; Burnet, I, 699; *Diario de Cartwright*; Citters, octubre 25 (noviembre 4), octubre 28 (noviembre 7), noviembre 3 (13) y 18 (28), 1687.

en los extremos del reino. En los cafés de Londres, en los tribunales de justicia, en los claustros de las catedrales, en las parroquias y castillos esparcidos en los más remotos condados, se sentían é iban diariamente en aumento la compasión por los oprimidos y la indignación contra el Gobierno. Por do quiera se aplaudía la protesta de Hough; el allanamiento de su morada era mencionado en todas partes con horror, y, por último, la sentencia de destitución fulminada contra los catedráticos rompió aquellos lazos, un tiempo tan estrechos y queridos, que habían unido la Iglesia anglicana á la casa de Estuardo. El más amargo resentimiento y los más crueles temores reemplazaron al amor y la confianza. No había prebendado, ni rector, ni vicario á cuya mente no acudiese la idea de que, por moderada que fuera su conducta, por oscura que pareciera su situación, no pudiese al cabo de algunos meses ser arrojado de su hogar por un edicto arbitrario, y verse reducido á mendigar, cubierto de andrajosa sotana, con su mujer y sus hijos, mientras su beneficio, cuyo goce le aseguraban leyes de inmemorial antigüedad y la misma palabra Real, pasaría á manos de algún apóstata. Esta era, pues, la recompensa de aquella heroica lealtad, nunca desmentida á través de las vicisitudes de cincuenta años de turbulencias y disturbios. Para llegar á esto había sufrido el clero persecuciones y despojos en defensa de Carlos I. Este era el premio de haber sostenido á Carlos II en su terrible lucha con la oposición whig. Así pagaban el haber peleado en la vanguardia contra los que trataban de privar á Jacobo de su herencia. A su fidelidad tan solo debía su opresor el poder que ahora empleaba en arruinarlos. Durante mucho tiempo habían tenido costumbre de recordar en acerbo lenguaje cuánto habían tenido que sufrir

de los puritanos cuando éstos se vieron dueños del poder. Sin embargo, la conducta de los puritanos era en cierto modo excusable: eran sus enemigos declarados; tenían ofensas que vengar, y á pesar de esto, cuando reorganizaban la constitución eclesiástica del país, separando á cuantos no fuesen partidarios del *Covenant*, no se habían mostrado completamente despojados de compasión. Al menos habían dejado á cuantos privaban de sus beneficios eclesiásticos lo suficiente para atender á la subsistencia. Pero el odio que inspiraba al Rey aquella Iglesia que le había salvado del destierro y le había colocado en el trono, no era fácil de satisfacer. Nada que no fuese la ruina completa de sus víctimas podía contentarle. No bastaba que fueran expulsados de sus hogares y despojados de sus haciendas. Se les cerraba con perversa intención las puertas de todos las profesiones donde hombres de su clase hubieran podido ganarse el sustento, no dejándoles otro recurso que el degradante y precario de implorar la caridad pública.

Así, pues, el clero anglicano y aquella parte de los laicos más íntimamente unida al episcopado protestante, miraba ahora al Rey con aquel sentimiento que naturalmente inspira la injusticia agravada por la ingratitud. Sin embargo, aun tenían los partidarios de la Iglesia anglicana que vencer muchos escrúpulos de conciencia y honor para llegar á oponerse al Gobierno con la fuerza. Habíaseles enseñado que la ley divina ordenaba la obediencia pasiva sin restricción ni excepción. Habían hecho ostentoso alarde de profesar tal doctrina; habían tratado con desprecio á los que les decían que podía llegar un caso extremo que justificase al pueblo al desnudar la espada contra la tiranía real. Por sus principios y por su dignidad debía, pues, abstenerse de imitar el ejem-

plo de los rebeldes *cabezas redondas*, mientras quedase alguna esperanza de arreglo pacífico y legal, y tal esperanza podían muy bien alimentarla mientras la Princesa de Orange fuese heredera presunta de la corona. Con solo llevar pacientemente esta prueba á que se veía sujeta su fe, las leyes de la naturaleza harían muy pronto por ellos lo que, sin pecado y deshonra, no podían hacer por sí mismos. Repararíanse entonces cuantos daños hubiera sufrido la Iglesia; nuevas garantías les asegurarían el goce de sus haciendas y dignidades, y los infames ministros que habían injuriado é insultado á la Iglesia anglicana en los días de la adversidad, recibirían señalado castigo.

XX.

PLANES DE LA CÁBALA JESUÍTICA RESPECTO Á LA
SUCESIÓN DE LA CORONA.

El acontecimiento que la Iglesia anglicana consideraba como honrosa y pacífica terminación de sus inquietudes era tal, que ni aun los miembros de la Cábala jesuítica podían pensar en él sin sentirse acometidos de terribles temores. Si su amo llegaba á morir sin dejarles más seguridad contra las leyes penales que una declaración nula para el país en general; si un Parlamento animado del mismo espíritu que había prevalecido en el Parlamento de Carlos II se reunía alrededor del trono de un soberano protestante, ¿no era muy probable que tomasen terrible revancha, que se restableciesen con todo rigor las antiguas leyes contra los católicos y que otras nuevas aún más severas fuesen á aumentar